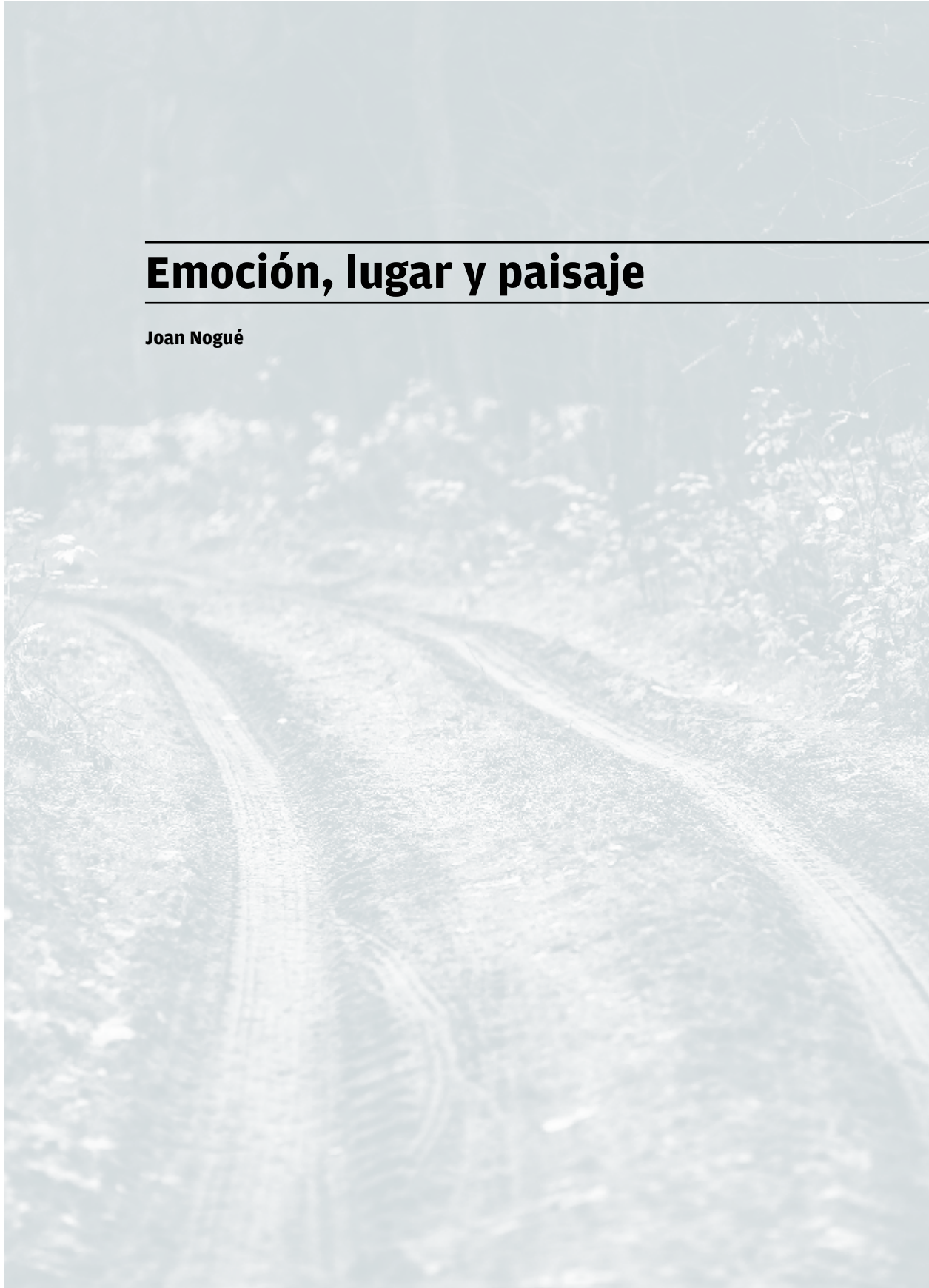

Emoción, lugar y paisaje

Joan Nogué



Desde el año 2002 y cada dos años se celebra el Congreso Internacional e Interdisciplinar sobre Geografías Emocionales. Las sesiones del mencionado congreso tratan temas como los espacios afectivos y la globalización, el arraigo *versus* el desarraigo, las arquitecturas emocionales y los paisajes de la emoción, la semiótica y la poética del afecto, el espacio público y la emoción, y la política y la emoción, entre muchos otros. En junio de 2015 se ha celebrado en la Universidad de Edinburgo, en el Reino Unido, la quinta edición de dicho congreso, con un notable éxito de participación. En Italia, por otra parte, el Fondo Ambiente Italiano (FAI) impulsa desde el año 2003 un proyecto denominado *I Luoghi del Cuore*. El éxito de la convocatoria ha superado todas las previsiones. Se trata de algo tan sencillo como animar a los ciudadanos, de todas las edades y nacionalidades, a enviar a un web fotografías y textos referidos a aquellos lugares de Italia que les *hablan* de una manera especial, que les evocan imágenes o recuerdos, que les despiertan emociones; en definitiva, lugares capaces de comunicarse directamente con sus corazones. También en Italia, la Fondazione Benetton Studi Ricerche acaba de culminar un macroproyecto de investigación y de participación ciudadana en una línea muy parecida, y bajo el título *Luoghi di Valore*. También aquí se ha puesto de manifiesto la importancia de las emociones en la aprehensión del paisaje y la experiencia polisensorial del mismo. Podríamos seguir con decenas de ejemplos parecidos.

¿Qué está pasando? ¿A qué se debe este interés por las emociones entendidas no solo como un atributo individual, sino, sobre todo, como una construcción social? ¿Por qué cada vez son más, dentro y fuera del mundo académico, los que defienden tener en cuenta de una vez por todas la vinculación de las emociones a los lugares, a los paisajes y, en general, a la gestión del espacio público, sin temor a ser calificados como poco menos

que mojigatos, cuando no frívolos e insubstanciales? ¿Por qué interesa tanto ahora la espacialidad de la emoción, el sentimiento y el afecto, es decir, las interacciones emocionales entre la gente y los lugares? Es sabido que la psicología siempre se ha interesado por el mundo de las emociones, pero, al menos hasta el presente, sus aportaciones no trascendían demasiado el propio ámbito profesional ni concedían el peso que se merecía a la dimensión pública, social y espacial de las emociones. Así pues, ¿a qué se debe este renovado interés, que se materializa también en la continua publicación de obras de indudable valía e interés? (Anderson y Smith, 2001; Wood y Smith, 2004; Davidson, Bondi y Smith, 2005; Durán, 2007; Milani, 2008; Berque, 2008; Nogué, 2009; Besse, 2009).

Desde mi punto de vista, la razón fundamental es que estamos asistiendo a un cambio de paradigma, en el sentido más amplio de la palabra. Las clásicas estructuras materiales e ideológicas que creíamos infalibles se están resquebrajando, están perdiendo su aura de solidez y consistencia. Los pilares del sistema de producción y consumo hegemónicos muestran grietas, y el modelo de crecimiento, los valores sociales imperantes, la competencia y el individualismo reinantes se ven cuestionados por nuevas actitudes ante el trabajo, ante los recursos naturales, ante el medio ambiente. El movimiento *slow* clama por una vida más plena, más llena de sentido, en la que el individuo sea dueño de su destino, controle su propio tiempo, se alimente de manera más sana y viva una existencia en plenitud. Por otra parte, la progresiva concienciación ambiental de los últimos 30 años ha comportado no solo una reacción mundial ante el cambio climático producido por el calentamiento global, sino también una actitud mucho más respetuosa hacia los ecosistemas naturales y la biodiversidad del planeta. Y, a todo ello, hay que añadir el hecho de que la sociedad civil ha aprendido a organizarse para responder a una Administración rígida y anquilosada y a una clase política que a veces parece vivir en otro planeta. Todo ello, junto a otros factores en los que ahora no entraremos, se ha visto agudizado, coyunturalmente, por la actual crisis económica, que ha puesto de manifiesto la desfachatez y el descontrol de un sistema financiero que se lucraba descaradamente explotando a sus clientes, esto es, a los ciudadanos.

Algo pasa, algo se mueve a nivel cultural, social, ético incluso. Y es este *algo*, este cambio de paradigma señalado, lo que explica en buena medida el *retorno* de las emociones a la esfera pública. Habría que recordar, por otra parte, que la acción política bien entendida tiene que ver, en el fondo, con el gobierno de las emociones, por más que siempre esté al acecho la tentación populista de servirse de las mismas. Hay que revisar el mito moderno de exclusión mutua entre política y sentimiento y reconocer que la despoltización de lo sentimental ha empobrecido

nuestra vida pública, cuando lo cierto es que los sentimientos podrían —deberían— estar al servicio de la renovación de la democracia. El espacio público no se revitaliza desemocionalizándolo, sino repolitizando y democratizando los sentimientos (Innerarity, 2006). No es casualidad que, desde la filosofía, aparezcan precisamente en los últimos años libros como *El nuevo espacio público*, de Daniel Innerarity, o *El gobierno de las emociones*, de Victoria Camps, entre otros, y eso sin movernos de casa.

Es justamente en este contexto en el que las geografías emocionales adquieren toda su relevancia y sentido. La vida es, en esencia y a la vez, espacial y emocional. Interactuamos emocionalmente y de manera continua con los lugares, a los que imbuimos de significados que retornan a nosotros a través de las emociones que nos despiertan. La memoria individual y colectiva, así como la imaginación, más que temporales, son espaciales. Las categorías geográficas básicas que se aprenden en la escuela, o las que utilizamos en nuestra vida cotidiana, conllevan asociaciones emocionales. Experimentamos emociones específicas en distintos contextos geográficos y *vivimos* emocionalmente los paisajes porque estos no son solo materialidades tangibles, sino también construcciones sociales y culturales impregnadas de un denso contenido intangible, a menudo solamente accesible a través del universo de las emociones.

Soy geógrafo y siempre he pensado que, en el fondo, la geografía como disciplina no podrá deshacerse nunca de su dimensión emocional, por más que algunas escuelas lo hayan intentado a lo largo de su dilatada historia. Las topografías de la vida cotidiana están demasiado impregnadas de emoción y sentimiento y nuestros tratados de geografía no dejan de ser, en realidad, una especie de psicogeografías personales y sociales. En estos tratados los lugares parecen inmóviles, pero no lo son, porque viajan con nosotros a través de las emociones, razón por la cual, bajo nuestra cartesiana cartografía, lo que de verdad subyace es una cartografía emotiva. Quizá resulta —y no nos habíamos dado cuenta— que los mapas y los planos no se apoyan tanto sobre una base topográfica, sino más bien autobiográfica, es decir, sobre una red soportada por nodos que estructuran nuestra memoria individual y colectiva. Quizá tenían razón los situacionistas de mediados del siglo pasado, para quienes las verdaderas distancias entre dos lugares, en el plano o en el mapa, no son de carácter geométrico, sino de carácter emotivo y afectivo. Los mapas situacionistas prescinden de las reglas de oro de la cartografía oficial: aspiran, sencillamente, a describir la dimensión emocional del espacio geográfico, y no la topológica o geométrica: esta es fundamental para sobrevivir; la otra lo es para vivir. He aquí una nueva cartografía que pone en cuarentena las certezas implícitas de una descripción geográfica de carácter exclusivamente visual.

Si la geografía (o al menos una parte de ella), entre otras disciplinas, ha llegado hasta este punto ha sido gracias a más de medio siglo de consideración del elemento subjetivo en la percepción y vivencia del espacio y, más concretamente, del paisaje. Ya en los años 50 del siglo pasado, personajes como David Lowenthal (1961) o el propio Eric Dardel, entre otros, abrieron el camino para la posterior exploración de las geografías personales por parte de la *behavioral geography* (Gold, 1980). Al considerar que la percepción humana desempeña un papel decisivo en el proceso de formación de imágenes del medio real (lo que acabará repercutiendo sobre las bases del comportamiento individual y grupal), se da un paso hacia adelante importantísimo, que dará lugar a multitud de líneas de investigación, también en los ámbitos francófono, español e italiano (Frémont, 1976; Bailly, 1977; Capel, 1973; Corna-Pellegrini, 1980). A partir de la década de 1970, la geografía humanística resalta de nuevo el papel del sujeto como centro de la construcción geográfica, pero ahora yendo más allá de la pura percepción. Entramos de lleno en una geografía del mundo vivido centrada en los valores y en el concepto de lugar como centro de significado, de identificación personal y foco de vinculación emocional. Se persigue un conocimiento holístico, vivido, empático y polisensorial de los lugares a través de la inmersión en los mismos, en general siguiendo los supuestos de la fenomenología (Relph, 1976; Tuan, 1974; 1977; Buttimer y Seamon, 1980; Sanguin, 1981; Ley, 1985). Lugar y paisaje serán los dos conceptos clave. Lo eran en la geografía humanística y lo seguirán siendo en las geografías emocionales contemporáneas.

En los lugares vivimos un tiempo y un espacio concretos; habitamos, en el sentido heideggeriano del término, una porción de la superficie terrestre, de dimensiones y escalas muy variadas. Unas son realmente minúsculas y aparentemente insignificantes por su tamaño y cotidianidad: nuestra casa, una cafetería, una plaza, una esquina entre dos calles. Las esquinas de la ciudad, como otros tantos ínfimos rincones de la misma de aspecto anodino, pueden convertirse en lugares llenos de significado que encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente, evocan recuerdos y expresan pensamientos, ideas y emociones varias. El espacio geográfico, incluido el urbano, no es un espacio geométrico, topológico: es, sobre todo, un espacio existencial, conformado por lugares cuya materialidad tangible está teñida, bañada de elementos inmateriales e intangibles que convierten cada lugar en algo único e intransferible. Los lugares son los puntos que estructuran el espacio geográfico, que lo cohesionan, que le dan sentido. Los lugares no son simples localizaciones, fácilmente identificables en nuestros mapas a partir de un sistema de coordenadas que nos marca su latitud y su longitud. El lugar proporciona el medio principal a través del cual damos sentido al mundo y a través del cual actuamos en

el mundo. Los seres humanos creamos lugares en el espacio, los vivimos y los imbuimos de significación. Nos arraigamos a ellos y nos sentimos parte de los mismos. Los lugares, a cualquier escala, son esenciales para nuestra estabilidad emocional porque actúan como un vínculo, como un punto de contacto e interacción entre los fenómenos globales y la experiencia individual. El espacio geográfico es, en esencia, un espacio existencial, una inmensa y apretada red de lugares *vividos*, todos ellos diferentes. La geografía humana contemporánea sigue empeñada en averiguar cómo los seres humanos crean lugares e imbuyen de significado al espacio geográfico y cómo se genera el sentido de lugar.

La cuestión no es baladí y está llena de contradicciones y de paradojas. Quizá influidos en exceso por el éxito del concepto de *no-lugar* de Marc Augé (1992), sin duda atractivo pero algo equívoco, hemos dado por supuesto que en dichos no-lugares no pueden generarse densas relaciones sociales que los conviertan, al menos para unos determinados colectivos, en *lugares* de encuentro e identificación, con capacidad para estimular imaginarios y representaciones culturales, para convertirse en centros de experiencia y significado; para devenir, en definitiva, lugares en el sentido existencial y fenomenológico del término. El geógrafo norteamericano de origen chino Yi-Fu Tuan, quien se refirió a los no-lugares casi 20 años antes que Marc Augé, ya advirtió en su momento de los riesgos de una concepción excesivamente morfológica, arquitectónica, visual y esteticista de dicho concepto. Y también se expresó en términos parecidos —aunque a menudo se olvide— el fundador de la revista norteamericana *Landscape*, John Brinckerhoff Jackson, quien consideraba que el sentido de lugar del americano medio no depende tanto de la arquitectura o de una estructura física y urbana determinada, sino que este se apoya más bien en el sentido del tiempo, en la recurrencia de ciertos eventos y celebraciones que dan continuidad y seguridad a una comunidad, por banal que sea el entorno físico que la envuelve. Una perspectiva que conecta en buena medida con las propuestas planteadas recientemente por autores como David Kolb (2008), quien propone entender los lugares como *places-where-we-do-something*, más que como *places-where-something-is*. Es más, puede incluso que el sentido de lugar no emane solo de relaciones prolongadas y estables con un emplazamiento físico, sino que quizá pueda adquirirse también a través de experiencias móviles, transitorias e incluso efímeras. Si así fuere, el geógrafo canadiense Edward Relph tendría toda la razón cuando defendió en su momento la idea de que las localizaciones permanecen, pero los lugares cambian. Algo de eso percibo en *27 Years Later*, la excelente producción cinematográfica de James Benning, uno de los grandes directores del cine independiente norteamericano de los últimos 30 años. Benning ha explorado estos supuestos no-lugares y ha sabido captar, como nadie, su poesía.

Más allá de estos lugares tan minúsculos, tan concretos, existen otros lugares, otros rincones del espacio geográfico de mayor escala de los que también nos sentimos parte integrante. El abanico es aquí inmenso: el pueblo, el barrio, la ciudad, un valle, una comarca, una región entera. Estos lugares son fundamentales porque actúan a modo de vínculo, de punto de contacto e interacción entre los fenómenos globales y la experiencia individual. Es en estos lugares donde se materializan las grandes categorías sociales y donde tienen *lugar* (valga la redundancia) las interacciones que provocarán una respuesta u otra a un determinado fenómeno social. Es sorprendente, pero lo cierto es que, en vez de disminuir el papel de los lugares, la internacionalización y la globalización han incrementado su peso específico. Estamos asistiendo a una clara revalorización del papel de los lugares en un contexto de máxima globalización, así como a un renovado interés por una nueva forma de entender el territorio que sea capaz de conectar lo particular con lo general. Definitivamente, aunque, como ya predijo David Harvey, el espacio y el tiempo se hayan comprimido, las distancias se hayan relativizado y las barreras espaciales se hayan suavizado, los lugares no solo no han perdido importancia, sino que además han aumentado su influencia y su peso específico en los ámbitos económico, político, social y cultural. Y, en ellos, el paisaje está adquiriendo cada vez más un rol de primer orden, por múltiples y variadas razones, entre ellas por el hecho de actuar como contenedor y transmisor de emociones. Ahora bien, no hay emoción posible si no existe, previamente, inmersión, seducción, contemplación.

Contemplar no es solo mirar. Es mirar con atención, pero no de manera forzada u obligada, sino más bien relajada, distendida, aunque no por ello menos atenta. Y más que eso: la contemplación va más allá de lo visual para entrar en lo polisensorial. Los estímulos que nos llegan a través del oído, del gusto, del olfato, del tacto, convierten la contemplación en una experiencia multidimensional que contiene, también, componentes estéticos, intelectuales, emocionales, entre muchos otros.

La contemplación se ha asociado a menudo a una cierta dimensión trascendental de la vida, a un estadio —y estado— que se aleja del mundanal ruido. A lo largo de la historia de la humanidad, todas las religiones han cuidado con mimo esta concepción de la contemplación, como también lo han hecho las aproximaciones espirituales —no necesariamente religiosas— presentes en todo tipo de culturas. Por su parte, la historia del arte nos ofrece un sinfín de muestras de esta dimensión trascendental de la contemplación, desde los minimalistas jardines zen de Kyoto hasta las sublimes pinturas románticas de Caspar David Friedrich.

Es verdad que la contemplación exige un cierto nivel de concentración que no está presente cuando, simplemente, percibimos el entorno habitual en el que nos movemos en nuestro monótono quehacer diario, pero ello no implica que el acto de contemplar tenga que quedar necesariamente recluso en la esfera de lo trascendental. La contemplación como experiencia geográfica ha estado muy vinculada a la sacralización del espacio y, por tanto, a paisajes con un elevado valor simbólico, pero ello no es óbice para reconocer que uno puede sentir esta misma experiencia en espacios cotidianos y anodinos. De la misma manera, si bien es verdad que determinados *escenarios* predisponen a la contemplación y contribuyen a que esta se dé con más facilidad, también lo es que no se trata solo de *lo* que vemos, sino también de *cómo* lo vemos. En otras palabras, la contemplación es en buena medida un proceso interno, personal, potenciado y auspiciado por las características de aquello que se contempla, pero no condicionado totalmente por las mismas. Por ahí iba John Cage cuando sentenció: “The music never stops, we just stop listening”. Se produce una interacción entre el observador y lo observado en la que es difícil delimitar con precisión el peso de ambos polos. Lo que está claro es que los dos están ahí, que el escenario predispone y que la contemplación es una experiencia existencial distinta a la simple mirada.

Hay múltiples vías y metodologías para aprender a experimentar en toda su plenitud esta contemplación, en especial cuando se aplica al paisaje. Una de ellas es la fenomenológica. Una fenomenología del paisaje nos facilita la comprensión del carácter de un lugar: este nos es *revelado* a través de diversos mecanismos y metodologías (Norberg-Schulz, 1980; Seamon y Mugerauer, 1985; Nogué, 1993) que van desde una aprehensión del lugar a través de la interpretación de *textos* del paisaje ya existentes (arquitectura autóctona, fotografía, literatura, pintura de paisaje) hasta un ejercicio de intersubjetividad con otras experiencias del mismo paisaje. En este último caso, Spiegelberg (1982) sugiere dos métodos a través de los cuales la búsqueda fenomenológica puede ser llevada a la práctica con éxito. En primer lugar, la *transposición imaginativa*, basada en una búsqueda fenomenológica en la que el investigador se imagina a sí mismo en el lugar de otra persona y estudia su experiencia. En segundo lugar, el *encuentro y exploración conjuntos*, donde el investigador y el sujeto del estudio participan en una exploración mutua de la experiencia compartida. Los métodos fenomenológicos son sobradamente conocidos y no pretendo incidir ahora en ellos, simplemente pretendo señalar que son una vía —no la única— que nos permite acceder al conocimiento sin tener que reprimir las emociones.

La palabra *emoción* deriva del verbo latino *emovere*, compuesto por las raíces *e*, de ‘fuera’, y *movere*, de ‘moverse, trasladarse’. Etimológica-

mente, por tanto, el significado de *emoción* está estrechamente unido al de palabras como *traslado*, *viaje*, *transferencia de un lugar a otro*. Las geografías emocionales, por tanto, no hacen nada más que cerrar un círculo que había quedado abierto. Nos sugieren de nuevo, por otra parte, la conveniencia de poner en cuarentena las certezas implícitas de una descripción geográfica de carácter exclusivamente visual, de base empírica y cartesiana y de tiempo medio y largo. Esta hegemónica visión del mundo que privilegia la vista sobre el resto de sentidos, lo duradero sobre lo instantáneo, lo tangible sobre lo intangible y lo sedentario sobre lo nómada, y que, por otra parte, es inseparable del concepto de espacio propio de la geografía clásica, puede tener serias dificultades para *descubrir* los nuevos lugares y los nuevos paisajes surgidos en un espacio fluctuante y de un permanente transitar entre configuraciones espacio-temporales diferentes. Si nos dejamos guiar por las emociones, quizá evitaremos perdernos en este transitar.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Kay; SMITH, Susan (2001). "Emotional geographies", *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 26, p. 7-10.
- AUGÉ, Marc (1992). *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. París: Seuil.
- BAILLY, Antoine (1977). *La perception de l'espace urbain: les concepts, les méthodes d'étude, leur utilisation dans la recherche géographique*. París: CRU.
- BERQUE, Augustin (2008). "Del símbolo paisajista al *impasse* ecológico", en Joan Nogué (ed.). *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 87-111.
- BESSE, Jean-Marc (2009). "Paysage, hodologie, psychogéographie", en Jean-Marc Besse. *Le Goût du monde. Exercices de paysage*. Arles: Actes Sud; [Versalles]: ENSP, p.189-228.
- BUTTNER, Anne; SEAMON, David (eds.) (1980). *The Human Experience of Space and Place*. Londres: Croom Helm, 1980.
- CAPEL, Horacio (1973). "Percepción del medio y comportamiento geográfico", *Revista de Geografía*, vol. VII, núm. 1, p. 58-150.
- CORNA-PELLEGRINI, G. (1980). "Geografía e percezione dell'ambiente", *Rivista Geografica Italiana*, núm. 87, p. 1-5.
- DAVIDSON, Joyce; BONDI, Liz; SMITH, Mick (2005). *Emotional Geographies*. Aldershot: Ashgate.
- DURÁN, María Ángeles (2007). "Paisajes del cuerpo", en Joan Nogué (ed.). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 27-62.

- FRÉMONT, Armand (1976). *La région, espace vécu*. París: PUF.
- GOLD, John R. (1980). *An Introduction to Behavioral Geography*. Oxford: Oxford University Press.
- INNERARITY, Daniel (2006). *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa-Calpe.
- KOLB, David (2008). *Sprawling Places*. University of Georgia Press.
- LEY, David (1985). "Cultural/humanistic geography", *Progress in Human Geography*, núm. 9, p. 415-23.
- LOWENTHAL, David (1961). "Geography, experience and imagination: Towards a geographical epistemology", *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 51, p. 241-260.
- MILANI, Raffaele (2008). "Estética y crítica del paisaje", en Joan Nogué (ed.). *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 45-66.
- NOGUÉ, Joan (1993). "Toward a Phenomenology of Landscape and Landscape Experience", en David Seamon (ed.). *Dwelling, Seeing, and Designing. Toward a Phenomenological Ecology*. Nueva York: State University of New York Press, p. 159-180.
- (2009). *Entre paisajes*. Barcelona: Àmbit (traducción al italiano: *Altri Paesaggi*. Milán: Franco Angeli, 2010).
- NORBERG-SCHULZ, Christian (1980). *Genius Loci. Toward a Phenomenology of Architecture*. Nueva York: Rizzoli.
- RELPH, Edward (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- SANGUIN, André-Louis (1981). "La géographie humaniste ou l'approche phénoménologique des lieux, des paysages et des espaces", *Annales de Géographie*, núm. 90, p. 560-587.
- SEAMON, David; MUGERAUER, Robert (eds.) (1985). *Dwelling, Place and Environment. Towards a Phenomenology of Person and World*. La Haya: Nijhoff.
- SPIEGELBERG, H. (1982). *The Phenomenological Movement*. La Haya: Nijhoff.
- TUAN, Yi-Fu (1974). *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. Nueva Jersey: Englewood Cliffs Prentice-Hall.
- (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- WOOD, Nichola; SMITH, Susan J. (2004). "Instrumental Routes to Emotional Geographies", *Social&Cultural Geography*, núm. 5-4, p. 533-548.